

Ojos Encendidos

Dana Hart



Hace 20 años que hago, ¿cómo decirlo? cierta cosa. Que repito, cierta costumbre, cierto hábito. Nadie me lo enseñó. Nunca se lo he visto hacer a nadie, personalmente. Y sin embargo, lo repito, lo repito, sin pensarlo a veces, espontáneamente.

Por suerte, no es de esas costumbres horrorosas, como pegar mocos en una pared, asesinar en secreto o escupir cafés ajenos. Por suerte, no es como rezar, o ir a la Iglesia, o ser un cura.

Desde que tenga exactamente 17 años, que tengo la costumbre de conversar, una vez por semana, en una reunión formal, cada quien en su silla de la mesa, con un obrero.

El primero tenía un casco rojo, no recuerdo su nombre. Lo conocí al repartirle el "Boletín Obrero" que yo misma confeccioné. Trabajaba a dos cuadras de mi casa, en la construcción del Metro de Vicuña Mackenna.

Solo hablábamos de política, esa vez no había mesa, solo una esquina y dos pedazos de concreto sobre los cual nos sentábamos. Qué imagen diferente es la del movimiento obrero real, de la inventada por la tele. Nunca hubo una insinuación, absolutamente nada, siendo yo mujer, menor de edad, había respeto y distancia física. Lo cual siempre me preocupó, siendo una niña abusada muchos años durante la infancia. No había nada. Solo el casco rojo y las ideas.

Es impresionante cómo luego de un rato, una niña de 17 años, deja de serlo, y se convierte en un puñado de ideas que está lanzando como si fueran dados.

El vicio siguió creciendo. Pronto descubrí que en la clase obrera había jóvenes, obreros y obreras de quince, dieciséis años, que ya trabajaban en las fábricas, producto del llamado "Plan Dual", que

mandaba a los niños de los colegios técnicos e industriales a hacer prácticas no pagadas a las empresas.

Desarrollé un programa, mediante un material semanal que se llamaba "De Mano en Mano", y lo repartía una vez por semana en la esquina de uno de esos colegios industriales, hasta que se armaba un grupo que se sentaba conmigo, durante una o dos horas a conversar.

Ya en la primera semana, solían arrumbarse para que les entregara el material, con dibujos de patrones feos y águilas devoradoras.

Estuve en el Colegio que está en el Metro Carlos Valdovinos, donde se armó un grupo fantástico, de niñas y niños, que nos sentábamos debajo del puente, a leer el material y reflexionar sobre lo que estaba pasando.

Me contaban de sus prácticas, del maltrato de los jefes, mientras olíamos el olor podrido del Zanjón de la Aguada, producto de lo que analizábamos como una fábrica de vienasas más arriba.

Hoy, veinte años más tarde, me doy cuenta de que si bien mi actitud era entregarles ideas, en realidad, o también, yo estaba absorbiendo todo, sus formas de ser, aquellos ojos iluminados, me hacía parte de una clase.

Después la Escuela de Artes Gráficas en San Miguel, donde salían a trabajar a las imprentas. Ahí conocí a Nico, que seguramente todavía se acuerda de mi, y sagradamente, una vez por semana, nos quedábamos conversando. Me invitó a su casa, para comer con su familia, y me mostró en un cibercafé de la esquina, las canciones de Red Hot Chili Peppers que le gustaba.

Entonces yo tenía el privilegio de que hablaran conmigo.

Como el horario de mi colegio no me daba para poder llegar a tiempo a la salida del colegio de ellos, yo abandoné la escuela, y mi mamá, fue a hablar con el Director para que pudiera dar exámenes libres, le dijo que yo leía 5 horas diarias sin levantarme de la mesa, que no necesitaba ir a sus clases presencialmente.

Y justo en ese momento, estalló una lucha de los colegios secundarios, "lxs pinguinxs", y de pronto, todxs lxs jóvenes, de todas las escuelas, estaban afuera en las calles. Aproveché de repartir miles y miles de "De Mano en Mano", hasta que armé dos grupos, uno en el Henrich y otro en el Lichán, para hablar de las tomas, qué hacer, por dónde seguir. Nos juntábamos en una cervecería que quedaba cerca, en una Avenida, y siempre había algún

desafío, una vez me trajeron a una chica para que me discutiera en contra y fue muy gracioso, porque me dijo: "¿Conoces a los obreros de Salón?" o algo así, y resulta que se refería a los obreros de Zanón, que obviamente conocía, en fin.

Hasta que llegó la hora de las ligas mayores. Estalló la huelga de mineros, subcontratistas del cobre, que en pleno de gobierno de Bachelet, reclamaban que "el cobre está por el cielo, los salarios por los suelos", y ahí, ir una vez por semana a Rancagua, para reunirse con los mineros que se enganchaban con el material, un boletín especial para la huelga.

Durante dos años, seguí yendo, una vez por semana, para reunirme con ellos, a partir de finalizada la huelga. Nos juntábamos en un café peruano, entre la Avenida O'higgins y estado, a

veces aparecían más, a veces menos. Yo ponía el periódico sobre la mesa extendido, leía media nota, y luego se comentaba. Era un momento feliz para mi. Seguramente, era de los momentos más felices, tenía para entonces 20 o 21 años.

Al Pc no le gustó, y le ofreció casas gratis a varios de ellos, con tal que dejaran de venir a verme. Otros tenían un pasado medio extraño. Y finalmente, se disolvieron las conversaciones.

También hubieron una gran cantidad de huelgas, les recuerdo claramente, a José Ahumada de Mindugar, a Patricio de Fanaloza, compañeros de conversa. Una vez por semana, me junté con ellos durante mucho tiempo.

Y así se me fueron pasando los años. Hoy tengo 36, en diez días cumplo 37, lo que me convierte en una persona que lleva 20 años haciendo esto. Ahora, exactamente ahora, está por llegar un

obrero de la construcción, con el que me junto a conversar desde hace tres años ya. Puse el agua para el café y dejé una caja de fanzines y cuentos nuevos sobre la mesa. Estoy empezando a creer que no me voy a cansar nunca. Que necesito ese café, yo más que ellxs, que siempre pensé que estaba aportando, pero en realidad, o/y también, eran ellxs quienes me estaban, encendiendo los ojos.





www.danahartescritora.com

